

La celebración del centenario de Magallanes

Decreto real que establece la forma en que ha de realizarse

MADRID, 13 de octubre de 1919.— Puedo afirmar que el decreto que firmará el Rey en la recepción del Ayuntamiento dice:

«Los primeros lustros de nuestra historia colonial están llenos de fechas gloriosas para el genio de la raza. Ahora nos hallamos dentro del trienio que se caracteriza por la expedición de Magallanes, que completó el mundo y dió base incommovible a la geografía física. El 10 de agosto de 1519 salió Magallanes de Sevilla y el 20 de setiembre partió de San Lucas de Barrameda y de las costas de España. El 1º de noviembre se encontró en el extremo meridional del continente americano, en el paso soñado para el otro oceano. De aquel modo nació Chile a nuestra civilización y se ingertó con sangre española la altivez araucana. Magallanes se internó en el Pacífico hasta llegar al Archipiélago Filipino, que conquistara para España al precio de su propia vida. Los sobrevivientes de la expedición, al mando de Elcano, emprendieron el viaje de regreso, siguiendo el contorno de Asia y Africa y llegaron a las márgenes del Guadalquivir el 7 de setiembre de 1522, tres años después de haberlas abandonado llenos de ilusiones por el éxito de la obra realizada para gloria de España y el progreso de la humanidad.

«Entre el 10 de agosto de 1519 y el 7 de setiembre de 1522, se perfiló el continente americano y se llevó hasta el Extremo Oriente la civilización cristiana. Se juntaron con Magallanes, nacido en Portugal, marinos reclutados en Andalucía y en Vasconia, como si estas provincias quisieran dar hasta en las personas de sus hijos el sello de la raza entera, en aquella creación esplendorosa de su genio.

«Con plenitud y sendos patriotismos pueden y deben contribuir a la conmemoración de estas gestas gloriosas, los portugueses, coterráneos de Magallanes; los chilenos, para los cuales el descubrimiento del Estrecho abrió los caminos del mundo, los americanos todos, cuya personalidad geográfica demostró el hábil navegante; los filipinos, que en medio del esplendor de su gran cultura material sienten una cordial añoranza por la madre patria, y, en fin, todos los españoles que en las hazañas del trienio magallánico vemos culminar la era de los descubrimientos prodigiosos que en el 12 de octubre de 1492 tuvieron felicísimo comienzo.

En consecuencia, de acuerdo con mi Consejo de Ministros, vengo en decretar:

Artículo 1º—Dentro de los años 1920 y 1921 se celebrará con la mayor eficacia posible y el mayor esplendor el centenario de Magallanes, debiendo contribuir a ella en la forma que se establezca todos los elementos del Estado;

Artículo 2º—Se encarga al Comité Ejecutivo de la Exposición Hispano-Americana, ampliado con las representaciones que estime conveniente, la redacción de una propuesta que deberá presentarse dentro del plazo de seis meses y que deberá contener un programa de los actos y obras que deban realizarse con motivo de tal celebración.

Dado en Madrid, en el Palacio Municipal, a doce de octubre de 1919, a cuatrocientos veintisiete años del primer desembarco de Colón en tierra americana.—(Firmado).—ALFONSO.—SANCHEZ DE TOCA.—FERNANDO ORTIZ ECHAGUE.

Estaba alerta en un albergue sombrío, frente al que ocupaba Oberdan cuando recibió el golpe de los austriacos. Digo sombrío porque Ronchi era una desolación. Los camiones que había solicitado acababan de negármese. Hay almas débiles en las horas de sacrificio. Activé mis gestiones: mis hombres me espaldeaban. Tomé a la fuerza los camiones. Y partimos. Nosotros pensábamos que la expedición no sería fácil, pues tal vez tendríamos que combatir con los Aliados. A Dios gracias, esto no se produjo. A lo largo del camino arengué a mis tropas. Todos me seguían. Entré a Trieste con un verdadero ejército: regimientos enteros con ametralladoras y auto-camiones. De pronto cierto general se interpuso en nuestro camino: —¿Qué hace usted?, me dijo. —Soy su superior. Yo le respondo: Voy a Fiume donde soy el comandante. Si usted quiere siga a la cola y cuídese de sorber la menor tierra posible. Continuamos. A la noche clara había sucedido el día luminoso. Entonces pisamos la frontera del armisticio, la línea de Fiume. Estábamos decididos a todo. Advertido a tiempo el general Pittaluga, jefe de las tropas italianas de la ciudad, llegó pronto. Me suplica, para conjurar una catástrofe y hasta obtiene de sus soldados que no vayan a disparar. Luego, sin aguardar, entro en Fiume. Fué una hora radiante, luminosa en mi vida. No encontramos ni una mujer, ni un niño que no lleve una palma en la mano. Un perfume de laurel llena el aire. Cruzo la multitud propicia y me voy al palacio. Organizo todo. Mis órdenes se imparten y se obedecen... y lo demás son las radiantes noches venecianas...

—¿Y las tropas aliadas?

—No las ví. Los ingleses me intimaron para que me retirase a Valosca. Contesté que era inútil. Dí mi palabra de honor de que nada ocurriría. Hoy ellos están en Malta.

D'Annunzio cuenta cómo entró a Fiume...

EL 22 de setiembre próximo pasado un redactor del «Excelsior» de París llegó hasta el hermoso palacio en que vive Gabriel D'Annunzio, el poeta de «La Nave», en Fiume. En la puerta flamea el pabellón de Saboya; los soldados montan la guardia; los oficiales llenan las salas. D'Annunzio vive entre ellos como poeta rey o, más bien dicho, como rey poeta, jefe absoluto de sus tropas.

Y he aquí que el poeta comienza a relatarle al periodista francés su aventura de Fiume, la aventura más peligrosa y sonada de su vida, mas acaso

que su vuelo con la Serenissima sobre Viena.

—Todos mis oficiales — dice — han jurado poniendo sus firmas al pie de documentos, que conservo, que sus destinos me pertenecen. La ciudad está lista para morir. Hemos dado nuestra existencia a esta tierra sagrada. Vivos o muertos ella nos guardará un día.

—Comandante, ¿usted partió el 11 de Venecia?

—Sí. Salí de Venecia para llegar a Ronchi, la ciudad de Oberdan, el gran mártir triestino de hace 30 años.

La Biblioteca Municipal de Guayaquil acepta el "Repertorio"

Guayaquil, 18 de octubre de 1919.

Señores editores de

REPERTORIO AMERICANO

San José, C. R.

Distinguidos señores:

Doy a ustedes las debidas gracias por el envío del nº 1 del REPERTORIO AMERICANO y me permito manifestarles el deseo de continuar recibiendo tan importante revista decenal, cuyo canje será correspondido con publicaciones de esta ciudad.

Saludo a ustedes y me suscribo como su más atento y seguro servidor,

CAMILO DESTRUGE